

CAPÍTULO IV

LA CAÍDA DEL IMPERIO ROMANO DE OCCIDENTE

DESPUÉS de trescientos años de combates contra sus enemigos interiores y exteriores, el Imperio, debilitado por la magnitud de sus esfuerzos, llegaba penosamente al siglo IV de su existencia. Los graves problemas que debía haber resuelto se levantaban ante él más amenazadores que nunca; ni había extirpado al cristianismo, ni había domado a los bárbaros; al contrario, minado por aquél, invadido por éstos, y abandonado por los romanos mismos, veía, en el crepúsculo de un día tempestuoso y radiante, que sus destinos caminaban hacia el ocaso sin esperanza de renacimiento. La carga del Imperio pesaba gravemente sobre las espaldas de sus soberanos, y las risas y los placeres huían del trono arrojados por las penosas preocupaciones que asediaban a los augustos moradores del Palatino; el malestar y el agotamiento eran universales, y por todas partes reinaba el presentimiento de una catástrofe inmediata. Pero, como sucede en las épocas de inquietud, aunque todos se daban cuenta del peligro, todos se entregaban al placer, y el mundo continuaba deslizándose, entre risas y diversiones, hacia el abismo fatal.

Ya no se podía, por tanto, tener confianza en la salvación del Imperio, a menos que una mano poderosa viniese a sacar al carro del Estado del carril tradicional para lanzarlo audazmente por el camino de un nuevo porvenir. Más pronto o más tarde, la idea de semejante empresa debía ocurrírsele a algún espíritu político dotado del genio suficiente para concebirla y del carácter necesario para atreverse a emprenderla. ¡Qué obra grandiosa sería terminar el conflicto enervante que desde hacía siglos tenía a Roma en lucha con los cristianos y los bárbaros, reconciliarla de modo sincero con los unos y los otros, poner a su servicio, por concesiones que ya eran inevitables, a estas dos grandes fuerzas que siempre habían actuado contra ella, y, dando así a la civilización romana una base más amplia y verdaderamente universal, interesar a todo el género humano en la continuación indefinida del Imperio! La gloria de Constantino el Grande se funda en haber tomado tal iniciativa, así como la de Teo-

dosio consiste en haberla interpretado mejor que ninguno de sus sucesores y en haber buscado su realización con mayor inteligencia y felicidad. El último siglo del Imperio de Occidente se sintetiza en estos dos hombres ilustres, quienes lo inauguran y lo cierran con brillo melancólico, debiendo a sus pensamientos preclaros la grandeza de sus nombres.

Un cambio tan prodigioso de la política romana parecía como si tuviese algo de sobrenatural, y el mismo Constantino reconoció en ello el efecto de una inspiración divina. Fué, en efecto, un espectáculo inédito el ver, a partir de su reinado, que los bárbaros ocupaban cargos cívicos y que los obispos entraban a formar parte de los Consejos del Emperador. Los perseguidores, cuyas manos estaban aún teñidas de sangre, no pudieron ya pasar el umbral del palacio imperial sin encontrar allí, distinguidos por los favores y las sonrisas del señor, a esos pontífices que hasta entonces no habían comparecido ante ellos sino para escuchar sentencias de muerte, y los veteranos de las legiones, que habían encanecido en las guerras contra los germanos, pudieron leer en los fastos consulares los nombres extraños de éstos mezclados a los de las familias patricias más ilustres. ¡Revolución pacífica, pero profunda, y que cambiaba la faz de la sociedad! ¿Qué habrían dicho Augusto o Trajano si hubieran podido presenciarla? ¿Habrían reconocido como sucesor suyo a aquel príncipe que se rodeaba de obispos, que los invitaba a comer con él, que los llamaba hermanos suyos, que besaba las cicatrices que habían dejado en sus rostros los suplicios que en otro tiempo, bajo sus predecesores, sufrieron por la fe, que se sentaba, humilde y atento, en un taburete en medio de los padres del Concilio de Nicea, y al que se oía reivindicar como título de gloria el nombre de *obispo del exterior*?¹ ¿Cuál no hubiese sido su estupor al ver su palacio asediado por multitud de bárbaros pacificados que le aportaban los homenajes y los regalos de sus naciones y que con trajes variados y pintorescos, con sus cuerpos enormes, sus cabelleras rubias y su aspecto feroz, formaban en torno a él, no ya una guardia personal como en tiempos de Augusto, sino una verdadera corte, menos obsequiosa y más adicta que la otra?² Una Roma cristiana y bárbara: ¡qué contrasentido para los espíritus que veían en los bárbaros y en el cristianismo la negación de la civilización romana!

Este nuevo aspecto del mundo se acentuó aún bajo los sucesores de Constantino. Se vió a Graciano vestir el traje bárbaro y rechazar con desprecio las vestiduras de gran pontífice pagano, como para

¹ EUSEB., *Vit. Constantin.*, IV, 24.

² *Ibidem*, IV, 7.

dar forma sensible a la doble reconciliación del Imperio con el mundo germánico y con la Iglesia cristiana. Con Teodosio, la transformación apareció en todo su esplendor; los obispos ya no fueron suplicantes ni protegidos, sino verdaderos príncipes rodeados de una majestad sin igual. En lugar de deber parte de su brillo al Emperador, como en tiempos de Constantino, parecían, al contrario, como si se lo prestasen a éste; mientras él les abría de par en par las puertas de su palacio, los obispos no temían cerrarle las de la Iglesia como a un simple fiel, hasta que hubiese hecho penitencia por sus culpas.

En cuanto a los bárbaros, aun cuando más de una vez les hiciese sentir el peso de sus armas vencedoras, quiso dominarlos más por la dulzura que por la fuerza; así, ellos mismos le dieron el nombre de amigo de la nación gótica, y a veces se oían quejas de que los godos fuesen más favorecidos por el Emperador que sus propios súbditos. A fuerza de grandeza de alma llegó a ganar los corazones más irritados de los enemigos de Roma. Cuando Atanarico murió en Constantinopla, reconciliado con el Imperio y lleno de veneración hacia su generoso vencedor, la capital asistió con asombro a los funerales espléndidos que aquel gran hombre mandaba hacer al jefe bárbaro y en los cuales quiso él mismo ir a pie detrás del féretro¹. Semerjantes manifestaciones daban a conocer la nueva política, que se proponía suprimir para siempre las funestas disensiones de los tres siglos anteriores, y que entreveía, como final de sus esfuerzos, en visión magnífica, a las dos grandes familias de los pueblos occidentales adelantándose juntas hacia un porvenir nuevo bajo el mismo *la-barum*.

Este ideal sublime no debía encontrar obstáculos para su realización ni en la Iglesia ni entre los bárbaros; no despreciaban éstos la civilización romana, sino que, muy al contrario, deseaban ardientemente sus goces, y querían entrar en ella no para destruirla, sino para compartirla; profesaban profunda admiración hacia el Imperio, e inconscientemente se sentían subyugados con frecuencia por el prestigio que irradiaba en torno suyo la sombra de Roma. Esta gigantesca sociedad que se extendía por los países más fértiles y risueños del mundo, alrededor de un mar magnífico que había convertido en lago nacional, y que reunía a tantos pueblos diversos en las delicias de la paz romana, cuyas proporciones, riquezas y glorias parecían desafiar al pensamiento, y que, llena de orden y de armonía, se encontraba penetrada y dirigida en toda su inmensidad por un soberano rival de los dioses, era, en comparación de las miserables so-

¹ JORDAN, *De orig. actibusque Getarum*, c. 28.

ciudades germanas, de clima triste, pobres, anárquicas e impotentes, algo demasiado maravilloso como para no herir vivamente aquellas imaginaciones jóvenes y ardientes.

La divinidad del Emperador era un dogma aceptado por los bárbaros lo mismo que por los romanos; en todas las épocas se levantaron voces entre aquéllos para rendirle homenaje. "He visto a un dios; ya estoy contento", decía un viejo desconocido que atravesó el Elba en un esquife para ver a Tiberio, y que se volvió sin querer nada más. "Sí —repetía tres siglos más tarde Atanarico en Constantinopla—, el Emperador es un dios, y es sacrilegio tocar su persona"¹. Es indiscutible la sinceridad de estas palabras; son la sencilla expresión del entusiasmo de los bárbaros ante la majestad del Imperio, no apagada aún tras cuatro siglos de experiencias desilusionadoras; su respeto a la púrpura imperial debía sobrevivir a todas las humillaciones de ésta. Por eso, cuando cayó en sus manos, no se atrevieron a ponérsela, convencidos de que acarrearía la desgracia al que osara echar sobre sus hombros el peso temible de esta investidura divina. Ahí está el secreto de las dudas y de la moderación aparente de Arbogasto, de Alarico, de Ricimero, de Orestes y de todos los bárbaros que antes de Odoacro se encontraron en situación de disponer de los destinos del Imperio.

No se limitaron los germanos a ser los admiradores de la nación romana; hacía ya mucho tiempo que se habían acostumbrado a entrar a su servicio. Eran excelentes soldados, de valor a toda prueba y de fidelidad notable; los Emperadores reclutaban entre ellos su guardia personal, y ya bajo Nerón, sus contingentes eran considerados por sus propios compañeros de armas como el elemento más sólido del ejército². Diariamente crecía su número y su influencia; aquellos jóvenes bárbaros que salían de los bosques de Germania semidesnudos y sin otra fortuna que su frámea, llegaban, gracias a su superioridad moral y física sobre los degenerados romanos, a los principales cargos militares. En el siglo III hay todavía a la cabeza de los ejércitos algunos romanos ilustres; a partir del IV, sólo encontramos en tales cargos nombres germánicos: Estilicón, Gainas, los dos Arbogastos, Charieto, Merobaldo, Ricimero, Carausio, sin contar a los que, como Aecio, Silvano, Orestes y tantos otros ocultan bajo nombre romano su origen bárbaro. Fueron los últimos defensores del Imperio, al que sirvieron aun en contra de sus propios hermanos, prefiriendo a la voz de la sangre la fidelidad a la bandera

¹ VELLEJUS PATERCULUS, II, 107; JORDAN, c. 28; ZOSIM., IV, 34. ² TACIT., *Hist.*, II, 28.

y el respeto a la palabra empeñada. Los que con el nombre de *Laeti* se establecieron en las fronteras, con la misión de cubrirlas a cambio de las tierras que se les cedían, prefirieron que los invasores pasasen por encima de sus cuerpos antes que traicionar la confianza con que se les había honrado. Su mismo nombre, según pretenden etimólogos ingenuos, era una prueba de la felicidad que sentían en verse admitidos en el seno de la gran civilización imperial¹.

En fin, las naciones independientes que se escalonaban a lo largo de las orillas del Rin y del Danubio eran con tanta frecuencia aliadas como adversarias del Imperio; es cierto que le combatían, cuando la necesidad de nuevas tierras o la presión de algún enemigo les obligaba a expandirse hacia el lado de las provincias romanas, pero, fuera de estas circunstancias, ponían sus armas al servicio de Roma y aceptaban no ser sino instrumentos de su política. "*Levantaos* —les escribía Valentiniano III—, *y venid a defender el Imperio de que formáis parte*"². Y acudieron en tropel. Francos, burgundios y visigodos combatieron a la sombra de las águilas romanas en la famosa batalla de Chalons-sur-Marne, que fué el duelo a muerte entre la civilización y el salvajismo. Estuvieron en ese día decisivo al lado de la civilización, que por ellos se salvó. ¡De modo tan poderoso se afirmaban la unidad racial y la comunidad de aspiraciones entre ellos y los romanos frente a las hordas devastadoras de Mongolia!

La historia de la civilización no puede pasar con indiferencia sobre las leyendas nacionales que atribuían a ciertos bárbaros, principalmente a los francos y burgundios, origen romano. Cualquiera que sea su falsedad intrínseca, estas leyendas atestiguan que los bárbaros no se conformaban ya con tener parentesco lejano con los señores del mundo, sino que cifraban su gloria en ser verdaderos romanos. La antipatía hacia la civilización sería patrimonio de los guerreros que nunca habían salido de sus bosques y que no sabían lo que era la vida romana, pues todos los que se pusieron en contacto con ella quedaron prendados; les gustaba tomar nombres romanos, usar trajes romanos y darse títulos de las diversas dignidades romanas; hablaban, aunque con acento rudo, la lengua latina; sufrían el influjo de aquellas mujeres romanas tan bellas y seductoras; cedían a la fascinación que ejercían sobre ellos las maravillas del lujo y de las artes, y en el momento en que tuvieron el destino del Imperio entre sus manos, experimentaron que había una gloria más brillante que la de destruirlo, a saber: la de salvarlo. Escúchense

¹ Por ejemplo, Boulainvilliers y Dubos. Cfr. GUÉRARD, *Polyptique d'Irmi-* non, tomo I, pág. 254.

² JORDAN., c. 36.

estas ilustres palabras de uno de sus más poderosos conquistadores: "*En la presunción de la juventud y de la fuerza* —decía Ataúlfo en presencia de un ciudadano de Narbona, que se lo contó a San Jerónimo— *soñaba ya con borrar de la Tierra el nombre romano, sustituyéndole por el nombre y la autoridad de los godos; pero la experiencia me ha demostrado que los godos son incapaces, por su barbarie, de obedecer a las leyes. Por otra parte, reconociendo que ningún Estado puede subsistir sin leyes, he escogido la gloria de restablecer en su integridad el nombre romano, y aun de aumentar su prestigio mediante las fuerzas de mi pueblo, en la esperanza de que seré mirado por la posteridad como el restaurador del imperio, ya que no he podido ser su destructor*"¹.

Cedían así ante la influencia romana los mejores elementos del mundo bárbaro, prontos a dejarse absorber y transformar por la acción de un poder benévolo y pacífico, pero inteligente y firme. La Iglesia estaba aún más dispuesta a secundar y hasta a emprender una acción de este género; ni por un momento, desde el día en que su divino Fundador había proclamado la necesidad de dar al César lo que era del César, había tomado frente a éste la actitud de hostilidad sistemática. Es cierto que en lo más duro de las persecuciones que había sufrido, se había oído en diversas partes la indignación legítima de los confesores que exhalaban palabras amargas contra una sociedad que vertía tan cruelmente la sangre de sus mejores hijos; pero esto no eran sino excepciones, pues la Iglesia nunca dejó de enseñar la sumisión al poder, aun al tiránico, y a los señores, aun a los injustos; hacía de ello un deber religioso, y prohibía, como si fuera un crimen, la sublevación o la resistencia a mano armada. Excepto la cooperación activa al mal, que habría sido pecado, y a lo que había que negarse aun a costa de la propia vida, el Estado podía exigirle todo del cristiano sin encontrar traba alguna por parte de la Iglesia.

Es que, a los ojos de la Iglesia, el Emperador, pagano o cristiano, se encontraba investido de una misión providencial; honraba en él al órgano de aquel poder que Dios ha depositado en el seno de todas las sociedades humanas para hacer posible en ellas el reinado de la paz y del derecho. Esta actitud tan conciliadora con la autoridad temporal se transformó en verdadera amistad cuando los Emperadores se hicieron cristianos; la Iglesia les mostró la sumisión más respetuosa, y casi la más humilde, en todas las cuestiones que no eran del dominio de la conciencia; sus filósofos y sus pensadores acogieron

¹ PAUL. OROS., VII; cfr. Olympiod, pág. 459 (*Corp. script. byz.*).

sin repugnancia las doctrinas romanas acerca de la duración del Imperio, y aun las rejuvenecieron enlazándolas con las profecías del Antiguo Testamento.

Esta reconciliación del pensamiento cristiano con el espíritu pagano, en el terreno del patriotismo, dió nacimiento a una nueva teoría del Imperio, que estaba llamada a ejercer larga influencia sobre el espíritu moderno. El Imperio, según esta teoría, representaba en la vida terrenal esa unidad del género humano que la Iglesia realiza en la vida espiritual; sólo había un Emperador sobre la Tierra, lo mismo que sólo había un Dios en el Cielo, y el soberano de aquí abajo recibía su poder del soberano celestial para facilitar la obra de la salvación de la humanidad, haciéndose el protector de la Iglesia y proporcionándole los medios de cumplir su misión social. Algunos apologistas se complacían en hacer notar que el Imperio y el cristianismo habían nacido al mismo tiempo, y en tal circunstancia veían el indicio de una voluntad providencial, que había ligado indisolublemente los destinos del uno a los del otro. Y, en efecto, ¡cuánto podía esperarse de una alianza en que la Iglesia y el Estado, esas dos grandes fuerzas sociales, se hubieran dado la mano fraternalmente y hubieran trabajado de consuno para la felicidad del género humano!

La Iglesia hizo todo lo que pudo para realizar esta gran idea; aceptó sin desconfianza el protectorado de los Emperadores; cuantas más precauciones había desplegado con relación a sus predecesores paganos, más confianza tuvo en ellos ahora que se habían convertido en hijos suyos. A partir de esta época, ha sostenido muchas veces rudos combates para defender contra los príncipes cristianos derechos que en esta primera hora de la reconciliación dejó ejercer a los Emperadores: ¡con tanta sinceridad se había adherido al régimen inaugurado por Constantino!

Pero el Imperio no supo aprovechar las buenas disposiciones que encontraba a la vez en los germanos y en la Iglesia, y no estuvo a la altura de la ardua misión que parecía solicitar su actividad. No llegó a transformar a los bárbaros en romanos, pues ya carecía, el día en que se encontraron, de la fuerza necesaria de acción para someterlos a sus leyes; ni aun a los que tuvo como defensores logró convertir en súbditos. Tomaron éstos de la civilización lo que convenía a sus gustos groseros; sus festines y su lujo; pero se mantuvieron tan bárbaros bajo la toga como en medio de sus bosques; el aspecto prodigioso que conservaba aún el Imperio deslumbró su imaginación, pero no modificó su natural, y nunca conocieron lo que constituía

al ciudadano antiguo, es decir, el culto apasionado de la patria y la abdicación del individuo entre las manos del Estado.

Por el contrario, les sucedió lo que a toda sociedad joven y sin experiencia, puesta en contacto con una sociedad vieja y estragada; sus costumbres se alteraron con rapidez prodigiosa, y de un estado que era casi el de naturaleza, cayeron de repente en una especie de decrepitud senil, sin haber pasado por las fases intermedias entre la barbarie y la civilización, entre la civilización y la decadencia. A la vez groseros y sutiles, incultos y refinados, sencillos y viciosos, ofrecieron ese género particular de corrupción que se puede comparar a la podredumbre del fruto verde. Así, al propio tiempo que combatían a favor del Imperio contra sus enemigos exteriores, fueron un disolvente más en su seno; el desprecio afectado que los romanos no dejaban de manifestar hacia estos hombres a quienes tanto necesitaban continuó agriándolos y exasperándolos. Creyéndose dueños del mundo, los romanos no podían acostumbrarse a ver en aquellos bárbaros a sus iguales, ni aun teniéndolos que sufrir ya como protectores. Nada más lamentable que la inepticia mezclada con deslealtad con que gobiernos como los de Valente y Honorio les empujaban, en cierta manera, a volver sus armas contra el Imperio. Era, literalmente, excitar a un león. ¿Había, pues, que extrañarse si los bárbaros devolvían a Roma mal por mal? Abandonados entre el mundo civilizado por aquellos mismos a quienes servían, erraban a través de la inmensidad de las provincias como cuerpos extraños cuyo rudo contacto producía heridas crueles; el paso pesado de sus masas enormes, que se arrojaban onerosamente y a su capricho de un extremo a otro del Imperio, turbaba a cada instante el equilibrio ficticio de la vida política y resquebrajaba hasta los cimientos del edificio cuya custodia se les había confiado.

Hubiera podido creerse que el cristianismo devolvería al Imperio la fuerza moral y el prestigio necesarios para asimilarse a los bárbaros; sin duda hubiera sido así si el Imperio, abjurando los vicios que la llevaban a la tumba, hubiese ido a buscar su curación en las aguas regeneradoras del cristianismo; desembarazándose de las causas de muerte que le minaban, y asentando en adelante sus instituciones sobre la base de la moral cristiana, habría introducido en su seno un principio de juventud permanente que le habría asegurado un porvenir indefectible. Pero no sucedió así, y, a pesar de falaces apariencias, se mantuvo profunda y obstinadamente pagano. Esta afirmación puede sorprender a primera vista, mas un examen pro-

fundo de sus relaciones con la Iglesia cristiana comprobará su exactitud rigurosa.

No puede negarse que algunos Emperadores hicieron esfuerzos sinceros para sellar un pacto duradero de alianza y de amistad entre el Imperio y el cristianismo. A partir del edicto de Milán, que proclamaba la libertad de cultos, los soberanos dieron al culto cristiano pruebas numerosas de su benevolencia, al mismo tiempo que se separaban cada día más del viejo culto nacional, desarrollando paralelamente en la legislación, durante más de un siglo, favores a la Iglesia cristiana y medidas de rigor contra la religión pagana.

Mientras que, por una parte, el culto oficial, cohibido desde luego en sus manifestaciones, y ridiculizado por las constituciones imperiales, además de ser repudiado como religión estatal, era finalmente prohibido, el cristianismo, convertido en religión del Emperador, y muy pronto en religión del Imperio, se veía abrumado de liberalidades, obtenía dotaciones anuales para su culto, heredaba el derecho de asilo de sus templos, contemplaba a su clero libre de las principales cargas cívicas, exento de las funciones municipales, de las servidumbres personales, de la capitación, de la jurisdicción secular, investido de atribuciones públicas, y elevado poco a poco a una condición que lo convertía en autoridad del Estado.

La legislación reflejó también el cambio de actitud de los Emperadores; el cristianismo, que, en una época en que era perseguido y proscrito, había sabido penetrar por medio de las costumbres hasta en las mismas leyes, había de hacer valer su influencia en éstas con más razón ahora que era públicamente reconocido y honrado por los soberanos. Las leyes que estaban en contradicción manifiesta con sus exigencias cayeron en seguida, como, por ejemplo, las severas disposiciones contra el celibato, que ponían trabas al libre ejercicio de la vida monástica y sacerdotal. El domingo se convirtió en día de descanso legal; las grandes fiestas cristianas de Navidad y Pascuas fueron tomadas como épocas de vacaciones públicas; el furor por los espectáculos se paralizó ante el día de Resurrección, y, a causa de la santidad de la Cuaresma, los procesos criminales se suspendían durante ese tiempo *en que los fieles esperaban el perdón de sus almas*¹.

En las medidas relativas a cuestiones de orden moral también apareció una inspiración nueva; la ley se hacía más humana, más respetuosa de los derechos individuales. Aun a veces, como acabamos de ver, señalando bien la influencia a que obedecía, empleaba ex-

¹ *Cod. Theod.*, IX, xxxv, 4 y 5.

presiones que encontramos con admiración en el vocabulario de Papiniano. El legislador se preocupó de la pureza de las costumbres, declarando incestuosos los matrimonios entre parientes próximos y castigando con el fuego los amores antinaturales, *por respeto* —dice el texto— *a la santidad de la habitación del alma humana*¹. El pudor del sexo débil fué protegido por la ley, que prohibió arrancar de sus casas a las matronas deferidas al juez. El rapto de las jóvenes acarrea penas de severidad excepcional para los seductores y aun para sus cómplices. La prostitución obligatoria, suprimida ya para las esclavas cristianas, y después para todas en general, terminó siendo castigada con penas rigurosas, y hasta hubo un momento en que se prohibió toda clase de prostitución.

Con este espíritu de pureza se extendía un hábito de dulzura cuyos efectos benéficos se manifestaron igualmente en las leyes. La autoridad paterna perdió su derecho abusivo de vida y muerte, y la exposición de los recién nacidos quedó, si no abolida, por lo menos dificultada considerablemente; quien recogiera a un niño expósito tenía sobre él, por ley, todos los derechos del dueño sobre sus esclavos, para impedir así que el padre desnaturalizado pudiese reivindicar al hijo expuesto; medida bien notable, que, aunque parecía abrir una nueva fuente de esclavitud, era en suma una precaución más en favor de la debilidad amenazada. Intenciones análogas determinaron a los legisladores a decretar que los hijos de los indigentes fueran educados a expensas del fisco, por miedo a que los padres cayeran en la tentación de matarlos, porque, como dice Constantino, *la educación de la niñez no aguanta retardos y las costumbres de nuestro tiempo no consienten que se deje morir de hambre a ninguna criatura humana*².

El régimen penitenciario se suavizó: se evitó la promiscuidad de los sexos, se dió a cada preso alimentación suficiente y derecho a bañarse, y todos quedaron bajo la protección de los sacerdotes, que eran los ejecutores de la misericordia; se disminuyó la duración de la prisión preventiva, y se prohibió la prisión particular; se declaró homicida al dueño que hacía morir a un esclavo en el tormento, y se prohibió marcar con hierro candente la cara de los condenados a trabajos de minería, pues eso era *manchar el rostro humano, moldeado a imagen de la belleza celestial*³.

Ya no se condenó a los cristianos a las fieras. Otra ley, bajo la cual escribe la historia el nombre de San Ambrosio, decidió que, para

¹ *Cod. Theod.*, IX, vii, 6.

² *Ibid.* XI, xxvii, 1 y 2.

³ *Ibid.* IX, xl, 2.